

Autor: Abilio Ayuso

KLAUS

Ilustrador Ronny Bravo



*Papá Noel, ¿es tan solo una invención,
¿una leyenda?, ¿o tal vez se basa en algo?. Este relato
nos da una visión completamente distinta de las que hasta
ahora han circulado.*

TP

Dice la leyenda que hace muchos, muchos años, vivía en un país nórdico un individuo egoísta, un tal “Klaus”, que solo era capaz de pensar por y para sí mismo.

Cuentan de él que ganaba sin esfuerzo “Sus buenos dineros”, que usaba con gran generosidad, en lo que a sí mismo se refería y con mezquindad respecto a los demás, incluyendo su propia familia.

Vivía el hombretón en una casa grande, con su mujer y una docena de hijos.

En la planta superior disponía de una lujosa biblioteca, estudio y sala de juegos, lujosamente decorados, con una buena chimenea y una licorera bien abastecida.

En aquel santuario solo osaba entrar su mujer para limpiar, y únicamente en su ausencia, porque aquel energúmeno tenía un carácter de todos los demonios.

El resto de la casa era de una austeridad monástica.

Cada semana le daba unas monedas a su esposa, repitiéndole la cantinela que ella sabía de memoria: “Toma estos dineros mujer, y compra comida buena y abundante, para que nuestros hijos crezcan sanos y fuertes y puedan trabajar bien, y si hace falta, ropa de abrigo para los mayores, que los pequeños ya aprovecharán la de sus hermanos, pero recuerda (Tronaba con voz amenazadora), ningún capricho, que eso son cosas del diablo y solo sirven para criar holgazanes”.

La esposa, acobardada y sumisa asentía y cumplía a rajatabla las órdenes.

En todos los años de su vida, aquellos niños, no tuvieron un solo juguete, ni un libro que no fuera estrictamente escolar, ni las niñas un lazo, ni nada de nada.

Para los demás niños del pueblo venían los Reyes Magos (En aquel tiempo Papa Noel todavía no existía) y poco o mucho, algo les traían. Pero aquellos doce angelitos nunca tuvieron un solo juguete.

Eso sí, aquel padre “ejemplar” no tenía reparo en derrochar para su propia satisfacción. Salía de casa con su capa y sombrero, luciendo reloj con cadena de oro y bastón con empuñadura de plata, trajes y camisas del mejor paño y una buena bolsa repleta de monedas para gastar, muchas más de las que le daba a su mujer en seis meses.

Conocido en todas las tabernas y salones de juego, nunca faltó a un estreno de teatro, y a pesar de su espantoso genio, siempre tenía “amigos” a su alrededor que sabían que más por alardear que por generosidad, siempre invitaba a unas copas del mejor vino cuando creía ser el centro de atención, de esa forma recogía los frutos de la adulación que tanto le gustaban.

Pero aquella vida le pasó factura, y aunque él se creía muy sano por verse gordo y colorado, un día en su biblioteca, sintió que la muerte lo atenazaba con su garra, y aunque hizo algo de ruido al caer, nadie se atrevió a subir, porque todos le temían y además no era la primera vez que caía bajo los efectos del alcohol, de esa forma, agonizó y murió completamente solo.

Cuando el dolor en su pecho cedió, dio paso a un instante de paz y bienestar, que duró poco, porque comprobó con horror que el techo de la habitación se acercaba, hasta que pasó a través de él.

Al volverse hacia atrás pudo contemplar por un instante su propio cuerpo, retorcido y amoratado, que yacía sobre la alfombra.

Se sintió arrastrado como una hoja al viento, pero no de forma errante sino siguiendo una dirección muy precisa. De esa forma llegó a un lugar que no supo definir, no era tierra ni agua ni cielo ni nada que él hubiera podido conocer ni siquiera soñar.

Al fondo, una figura que irradiaba majestuosidad y poder, le miraba con un semblante severo que no presagiaba nada bueno, y entonces lo supo, ¡Iba a ser juzgado por Dios!.

Aterrado, apenas acertó a balbucear unas torpes palabras de disculpa, que allí sonaban como chillidos de rata: “Dios mío, no me mandes al infierno, yo no he sido malo, siempre he cuidado bien de mi familia, todos te lo pueden decir”.

Una voz profunda, que parecía venir de todas partes, interrumpió aquel patético discurso: “¡Ni soy Dios ni existe ese infierno que tanto temes!, ¿Crees acaso que el Dios supremo de un universo, en el que cada día son destruidos por algún cataclismo millones de mundos habitados, va a preocuparse de un gusano como tú?, ¿Cómo puedes ser tan engreído?, para Dios no significas nada, en tu estado actual, ni siquiera existes para él, y yo solo soy alguien como tú, pero que ha evolucionado a través de innumerables vidas de sacrificio, generosidad y amor al prójimo”.

Se sintió algo aliviado pero confuso, si aquel no era Dios, ni existía el infierno..... En respuesta a sus pensamientos, el ser le respondió: “Eso no quiere decir que no pueda juzgarte y que no tengas el castigo que mereces, y ya que hablas de tu familia, veamos como la has cuidado”.

Solo pronunciar esas palabras, todo a su alrededor pareció cobrar forma, unas formas que él conocía muy bien, era la enorme chimenea de la cocina de su casa, alrededor de ella se calentaban sus doce hijos, un año más pequeños que en la actualidad.

Nunca se había fijado, pero la habitación le pareció tan sobria y desnuda, que más recordaba la sala de los criados (que no tenían), que las estancias de los propietarios.

Sus hijos vestían acorde con aquel lugar, ropas de paño grueso y basto muy gastadas por el uso.

Alargó la mano para acariciarlos, pero se dio cuenta de que no le veían ni le oían, estaba viviendo una imagen del pasado.

“¿Dónde ha ido mamá?”, preguntó una de las pequeñas.

“Ha salido con el carro a traer leña”, dijo el hermano mayor.

“Pobre mamá con el frío que hace”.

“Si, y me ha prohibido que la acompañe con la excusa de que cuide de vosotros”.

“Eso podía haberlo hecho yo” dijo la hermana segunda.

“Todos lo sabemos, en realidad, aunque ya soy más alto y fuerte que ella, mamá se sacrifica para que no pase frío”.

“¿Y no nos podría traer la madera el leñador con su carro?”.

“Eso cuesta seis monedas de cobre y ya sabéis que papá..”.

“Si, (Le interrumpieron casi a coro), no permite que se hagan gastos innecesarios”.

“Una muñeca para mí, ¿Sería un gasto innecesario?”, dijo con voz de ángel la más pequeña.

Se hizo un espeso silencio que al final rompió la hermana mayor con voz que pretendía ser firme: “Bien ya sabes que papá se preocupa de que no nos falte comida ni ropa y si gastamos en caprichos....”.

“¡No le mientas!” interrumpió el mayor, “Ayer mamá me envió a llevar la bufanda que nuestro padre había olvidado, estaba en la taberna, y antes de entrar a dársela me quedé en un rincón curioseando. Papá estaba alegre y gritó: - Mesonero hoy he cerrado un buen negocio, sirve a todos de tu mejor vino que invito yo-, y dejó en la barra tres monedas de plata”.

“¡¡Tres monedas de plata!!”, repitieron todos los hermanos a coro.

“Con eso habría para comprar juguetes...”, dijo uno de los medianos.

“Para todos durante un año o dos” sentenció el mayor.

“La muñeca que a mí me gusta solo cuesta tres monedas de cobre, ¿Es que nunca tendré una?”, sollozó la pequeña.

El hermano mayor la tomó entre sus brazos y le dijo: “No quiero engañarte, yo siempre pensé que tal vez al año siguiente... Pero ahora tengo diecisiete años y ya sé que mientras nuestro padre viva...”, No acabó la frase, pero todos comprendieron el significado.

La imagen se diluyó para convertirse en otra muy diferente, era igualmente su casa, pero apenas se reconocía, y por el aspecto de sus hijos comprendió que había transcurrido un año desde su muerte.

Aquella sobriedad siniestra había desaparecido por completo. Había luz, calor y alegría, los doce hermanos estaban repartidos por toda la casa, los mayores leían en aquella biblioteca antes impenetrable, las pequeñas jugaban con una preciosa casa de muñecas y ellos con espadas y caballos de cartón.

Todos llevaban vestidos de colores alegres y las muchachas lucían unas preciosas cintas en el pelo, en las ventanas había cortinas y todo era optimismo, belleza y color.

En el jardín había columpios y flores, y más lejos un grupo de adultos mantenía una conversación, junto a una cruz de madera, en un rincón del jardín.

Eran sus dos hijos mayores, que ahora vestían como un caballero y una dama, pero sin los lujos y extravagancias de su padre, completaban el grupo, el Párroco y el Alcalde.

Klaus se acercó más para escuchar la conversación y vio que en aquella sencilla cruz, estaba escrito su nombre.

“A todos nos extrañó”, decía el Párroco, “Porque él siempre insistía en qué a su muerte, quería un funeral y un entierro de lujo en un gran panteón y una lápida con letras doradas”.

“Es cierto que lo había comentado alguna vez”, asintió el hermano mayor, “Pero la proximidad de la muerte hace cambiar a la gente, cuando oímos el ruido que hizo al desplomarse en el suelo, subimos corriendo todos los hermanos mayores, aún estaba con vida, pero sabiendo que había llegado su hora, se arrepintió de la vida mundana y superficial que había llevado y nos hizo jurar que su muerte sería el reverso de su vida, pidió ser enterrado en una simple caja de pino en un rincón del jardín familiar, para poder vernos desde el más allá, pensó que así Dios le perdonaría”.

“Realmente la proximidad de la muerte cambia el talante de las personas”, Asintió el alcalde.

El párroco y el Alcalde se despidieron amablemente, y los dos hermanos se quedaron contemplando con seriedad la sencilla cruz hasta que se hubieron marchado.

Luego intercambiaron una sonrisa de complicidad y él dijo: “No sé si Dios le habrá perdonado, pero lo que es cierto es que con la mitad de lo que hubiera costado ese fastuoso entierro y panteón, hemos cambiado la casa y la vida de esta familia, además papá puede estar contento, ¡hemos aprendido a no derrochar en gastos innecesarios!, solo que... La perspectiva de lo que es gasto necesario o no, la hemos cambiado ligeramente, ahora los juguetes, libros, cuentos y vestidos son gastos necesarios y las vanidades del Señor son innecesarias”, Y conversando alegremente se encaminaron hacia aquella casa alegre y acogedora.

Cuando la imagen se desvaneció, Klaus había cambiado completamente de expresión, en lugar del prepotente fanfarrón que era antes, ahora aparecía derrotado y perdido, se le oyó balbucear: “He tenido que morirme para que mi familia sea feliz”.

Levantó la cabeza hacia aquel ser majestuoso y le dijo con voz temblorosa “Efectivamente merezco un castigo, aceptaré el que me sea impuesto”.

“Vas mejorando”, le contestó, “Pero te comunico que lo aceptes o no, cumplirás igualmente el castigo que te impongo”.

A partir de aquí, su voz sonó aún más dura y solemne: “Vagarás por la tierra como un alma en pena, a caballo entre el mundo de los vivos y el de los espíritus, habitarás una gélida caverna en los solitarios bosques del norte, durante todo el año recogerás madera y con ella fabricarás con tus propias manos los juguetes que negaste a tus hijos. Al llegar la Navidad los cargarás en un trineo e irás a repartirlos a los niños que los necesiten. Pero no pienses que tu apariencia será majestuosa, sino ridícula, serás el viejo gordo que eres pero vestido de rojo y coronado con un gorro de dormir, así año tras año, hasta que tu alma se purifique como oro en un crisol, ¿Tienes algo que decir antes de que se cumpla la sentencia?”.

Pensando que tenía que decir algo, pero sin saber el qué, añadió: “¿Podré usar cabalgaduras que me ayuden a repartir los juguetes?”.

La respuesta de la voz fue tajante: “Si, pero no los briosos corceles que tu piensas, solo los animales con cuernos te obedecerán, para que tu cabalgadura sea tan ridícula como tú mismo y tengas la cura de humildad que te mereces”.

“¿Y si alguna vez hay un problema que no se resolver, podré hablar con Usted?”.

“No, yo pertenezco a una dimensión tan elevada que ni siquiera puedes comprender, solo estoy en este inframundo para juzgarte, pero toma estas tres pequeñas bolas de cristal, si realmente tienes un problema, arroja una a la nieve y formula una sola pregunta, te será contestada, pero recuerda, solo tienes tres bolas, si las gastas te quedarás sin respuestas”.

En los años siguientes, empezó a forjarse la leyenda. Algunas gentes sencillas del norte decían haber visto por Navidad a un hombre viejo y gordo, vestido de rojo y coronado con un gorro de dormir que repartía juguetes a los niños, la noticia se extendió y tomo cuerpo.

Klaus repartía sus pequeños juguetes de madera en las casas de los niños más pobres y tristes, cargaba su desvencijado trineo hasta los topes, silbaba hacia el bosque cercano y aparecían sus fieles renos de cada Navidad.

Debido al encantamiento que pesaba sobre Klaus, ni él ni los renos, envejecían ni les afectaban el clima ni las enfermedades, y así pasaron muchos años, siglos incluso.

Aunque Klaus habitaba una caverna en un lugar inhóspito, sin contacto con la humanidad, al repartir sus juguetes se daba cuenta de que con el transcurso de los años Escandinavia cambiaba lentamente.

Cada vez le costaba más encontrar niños pobres y desatendidos, hasta que llegó una Navidad en que no encontró ninguno.

Estaba el hombre muy preocupado por no poder llevar a cabo la misión que le redimiría, cuando en un pequeño pueblo, escuchó con claridad el llanto desconsolado de dos niños, por suerte para él allí había dos niños desafortunados que le permitirían cumplir su cometido.

Esperó agazapado a que se durmieran, se acercó a la casa y se filtró por la pared, ya que como semiespíritu, esa era una de sus capacidades, vio que habían instalado un árbol de Navidad, ¡estupendo! sería un sitio perfecto para colocar los juguetes.

Como no tenía otros candidatos colgó varias docenas de forma que quedaran bien visibles, y se quedó escondido en el interior de la pared para ver su alegría cuando despertarían.

Al fin, por la mañana se oyó un ruido de pequeños pies presurosos, el niño llegó al árbol, lo vio... Y pasó de largo.

La niña se detuvo mirando aquellos pequeños juguetes de madera y llamó a su hermano: “Oye, ¿has visto?, ¿Qué es esto que hay en el árbol?”.

El muchacho sin dar importancia dijo: “¿Que va a ser?, adornos de Navidad que habrán puesto los Papás, venga corre a ver si nos han traído la nueva Play o el ordenador”.

Aquello acabó de desmoralizar al pobre Klaus, los niños ya ni siquiera reconocían sus juguetes como tales, se alejó lentamente hacia el bosque ártico y allí se quedó meditando con tristeza, sin niños necesitados no podría cumplir su misión y jamás se redimiría, estaba condenado a vagar eternamente como alma errante.

Sus renos que a través de los años y la experiencia habían aprendido a comprenderle, se quedaron a su alrededor compartiendo su pesadumbre, hasta que Klaus les miró cariñosamente a los ojos y les dijo: “Mis queridos compañeros, creo que nuestra misión ha concluido sin éxito, por falta de clientes, en parte me alegro de que ya no haya niños pobres ni desdichados pero: ¡Anhelaba tanto redimirme!, ahora me toca daros la libertad, deshago el encantamiento que os unía a mí, ahora podéis vivir una vida plena, buscar hembras, tener hijos, en fin vivir.

Los inteligentes animales no querían creerse que después de tantos años les dieran la libertad, habían pasado juntos tantas aventuras que no se imaginaban viviendo una vida “normal”, pero como obedientes que eran, dieron una hocihada de despedida al entristecido Klaus, que les correspondió con una caricia, y marcharon al bosque a paso lento, volviendo de vez en cuando la vista atrás.

Klaus se quedó sentado en el frío bosque, completamente desmoralizado, no tenía quien le pudiera dar una solución, aunque... ¡Quizá sí! de repente recordó las bolas mágicas, aquella ocasión requería que empleara una, la sacó de su bolsillo con cuidado y la miró atentamente, parecía formada por energía pura y ver su interior era como asomarse a un abismo, como si el universo entero estuviera contenido en ella, bueno tal vez era así, y por eso tenía todas las respuestas.

La arrojó a la nieve a unos metros delante suyo, en los primeros segundos no sucedió nada, luego pareció como si la nieve cobrara vida en círculo alrededor de la bola, y de ese círculo se elevó una gran burbuja de la más absoluta “nada”, comprendió que había llegado el momento de formular la pregunta y con voz fuerte pero algo temblorosa por la emoción dijo: “¿Dónde hay niños necesitados y tristes a los que llevar mis juguetes?”.

La burbuja vacía se iluminó, reflejando lo que había alrededor, el paisaje empezó a desfilarse a gran velocidad moviéndose hacia el sur, atravesó Europa y continuó hacia lugares más secos, cálidos y luminosos, allí la visión circuló a

poca velocidad y Klaus los vio, había cientos, miles tal vez, de niños necesitados, sin apenas ropa, sin calzado, ni carne que les cubriera los huesos, “!Que infeliz eres!”, pensó, “Tú que creías que ya no quedaban en el mundo niños que pasaran miseria, y efectivamente no quedan, pero en Escandinavia, sin embargo el sur está lleno de ellos”.

Antes de ponerse en marcha reflexionó, los años no habían pasado en balde y aquel vejancón atolondrado y bravucón, se había convertido en un anciano prudente y con sentido común, pensó que no podía presentarse allí con sus cuatro juguetitos de madera, porque aquellos niños necesitaban cosas más importantes, otra pregunta por resolver, bien, gastaría una segunda bola, aun le quedaría la tercera para una emergencia.

Lanzó la bola y casi sin esperar gritó la pregunta: “¿Que puedo llevarles yo a esos niños?”.

La imagen fue casi instantánea, apareció un grupo de niños en el suelo, casi esqueléticos masticando unas raíces, y una palabra se formó en la mente de Klaus, como un susurro atronador, “Comiidaaaa”.

La imagen esfumó y nuestro hombre se quedó confuso, ¿De dónde sacaría comida si solo podía entregar cosas fabricadas por él, y ni siquiera tenía a sus renos para que le ayudaran a transportar, y de haberlos tenido no creía que hubieran podido soportar aquel clima tan seco y caluroso, de todas formas se pondría en marcha hacia aquel lugar.

Fue rebasando Escandinavia hacia el sur, con la capacidad de semiflotar que le daba su estado, luego pasó por encima del mar Báltico y fue cruzando Europa sin dejar de dar vueltas a la idea, ¿Como podría fabricar comida?, atravesaba una pradera inmensa y allí se le ocurrió la solución, ante sí había rebaños con cientos de espléndidas vacas, y él, aún tenía poder sobre los animales con cuernos.

Escogió una docena de las más lozanas, les lanzó su hechizo, y sonriendo vio cómo se elevaban delante suyo en columna de dos. Ya tenía la solución, llevaría leche y queso fresco fabricado por él.

Y así emprendió viaje hacia el sur la comitiva más extraña que nadie hubiera visto jamás, un Santa Claus, con un carrillo de quesos y una docena de vacas tirando, en lugar de renos.

Procuró pasar por lugares deshabitados, y los pocos que lo vieron, o no dijeron nada o les tomaron por locos. Hacia el sur de Europa, comenzó a ver niños necesitados, pero nada parecido a lo que le habían enseñado aquellas imágenes, así que continuó más hacia el sur hasta que reconoció las zonas que la bola mágica le había mostrado.

Decidió que en aquella nueva etapa no obraría a hurtadillas como antes, aquello era un servicio de emergencia, así que se presentó ante los niños a plena luz del día, haciendo descender suavemente sus vacas sobre tierra firme.

La reacción no fue la que esperaba, se quedó perplejo porque aquellos niños en lugar de correr alegres hacia él se escondieron temerosos. Solo una niña en un estado tan débil que no podía apenas caminar se quedó sentada en el suelo mirándole horrorizada. Aunque aquella nenita era muy diferente y de piel oscura, le recordó sin poderlo evitar a su pequeña, la que nunca tuvo una muñeca hasta que su padre murió.

“Y suerte tuvo que yo muriera”, pensó, “Sino su vida hubiera sido de plena miseria”.

Pensando en ella, un par de lágrimas cayeron de sus ojos de semihumano, e hizo algo que en todos aquellos años jamás había hecho, ni siquiera con sus propios hijos cuando estaba vivió, se sentó en el suelo, tomó en sus brazos aquella pequeña marioneta frágil, enjuagó sus lágrimas y le ofreció un trozo de queso, el rostro de la niña se iluminó, comenzó a devorarlo con avidez, como si en el mundo no existiera más que el queso y ella.

Desde sus escondrijos, los otros niños no perdían detalle, y la palabra clave comenzó a circular entre ellos: “Comida”, eso lo cambiaba todo.

Comenzaron a acercarse mirando preocupados aquel gigantón gordo y ridículo, ¿Les daría también a ellos comida?, Klaus se levantó aun con la niña en brazos, se acercó a su carrillo y tomó un queso, aquel gesto era muy elocuente, los niños le rodearon sin temor en segundos, alguien que repartía comida no podía ser malo, era extranjero, era raro, pero buena persona.

Aquel día Klaus fue tan feliz como no acertaba a recordar, él, que en vida siempre había gozado satisfaciendo sus caprichos, se daba cuenta que se podía ser más feliz aun, haciendo felices a los demás, ¡Que estúpida y sin sentido le parecía ahora su vida anterior!.

Volvió en muchas ocasiones a repartir sus quesos y la leche de sus vacas en aquel lugar y otros de alrededor y corrió muchas aventuras.

Un día en que se había quedado ensimismado, contemplado sentado una puesta de sol sintió una presencia extraña, cuatro ojos llameantes le miraban, eran dos leones que se acercaban con el paso gatuno del depredador a punto de saltar sobre la presa.

Mil pensamientos se agolparon en su mente, él no tenía ninguna influencia sobre aquellos animales, porque no tenían cuernos, además iba vestido de rojo, lo que aún les atraía más, en su estado de semihumano no sabía si podrán dañarle, matarle no creía, porque ya estaba muerto.

Se encontraban a pocos pasos, cuando la actitud de los felinos cambió, pasaron del ataque al estado de alerta y de ahí a la huida, tenían una buena razón, a izquierda y derecha de Klaus se habían alineado los veinticuatro cuernos de sus doce vacas, como una empalizada de astas viviente y decidida.

Las vacas avanzaron al unísono con los cuernos bajos, como una sola, y los leones se batieron en franca retirada, un gran felino puede intentar cazar una vaca, pero no puede enfrentarse a seis a la vez que actúen coordinadas.

Klaus se abrazó emocionado a sus animales que tan valientemente habían plantado cara a los depredadores, le habían dado un gran ejemplo de generosidad.

Pasaron los días y Klaus en su nueva etapa encontró la paz de espíritu, ya no se veía a si mismo ridículo ni estúpido, allá donde llegaba, los niños, que ya reconocían de muy lejos su trineo tirado por doce vacas, le recibían saltando de alegría, no tenía que preocuparse por encontrar niños necesitados, aquella región estaba llena.

Sin embargo, una de las tardes en que se encontraba contemplando su espectáculo favorito, la puesta de sol en la sabana, percibió una sensación que casi tenía olvidada, era lo más parecido al dolor, que un semiespíritu como él podía notar, como si unas manos invisibles apresaran sus entrañas y estiraran de ellas.

En realidad, no tan invisibles, porque en su situación actual, Klaus poseía capacidades de las que los seres humanos carecían, y concentrándose llegó a ver esas manos, estirándose hacia él como el humo con el viento.

Partían de un bosquecillo que se hallaba al frente, no le fue difícil seguir su procedencia, allí en un claro los vio, eran un numeroso grupo de chamanes y brujos de todo tipo, habían formado un círculo y estaban concentrados, justamente en ¡dañarle a él!, mediante un ritual de exorcismo, aquello le indignó, notó removerse una ira que hacía siglos que no sentía, la rabia con que se dirigió a ellos hubiera sido digna de él mismo cuando aún vivía.

“¿Con que derecho tratáis de exorcizarme a mí, malditos brujos de medio pelo, que solo hago el bien allá por donde voy?”.

No parecieron muy impresionados, era como si estuvieran esperando su visita, el más anciano de todos le respondió, “Te exorcizamos para alejarte de aquí, porque estas causando un gran mal”.

Klaus no daba crédito a sus oídos, “¿A quién he causado yo algún mal viejo brujo?, responde”.

“A todos, tú tal vez no lo percibes, pero así es”.

Otros chamanes tomaron la palabra, “¿Quién crees que va a pagar en esta región por un poco de leche de cebú, que tanto cuesta de obtener, cuando tú la regalas de tus vacas mágicas que la generan por docenas de litros?, estás arruinando a los granjeros, también se está dejando de cultivar, porque en el mercado se paga más por uno solo de tus quesos que por cuatro sacos de mijo, la gente ya solo espera la comida que viene del cielo, es más fácil esperar tu trineo que cultivar esta tierra tan dura”.

Un brujo pintado con una combinación de colores horrible añadió: “Sino te marchas ahora originarás un verdadero desastre, ya hay gente de otras regiones que ha oído hablar de lo que haces y piensan abandonar sus campos y trasladarse hacia aquí, ¿A cuántos podrás mantener, docenas, cientos, miles...?, no importa, siempre vendrán más y más, y luego comenzarán las peleas y las luchas por conseguir un lugar privilegiado al que llegues con regularidad, puedes acabar originando un conflicto armado”.

Klaus pasó del estupor a la depresión, “Tenéis razón, soy un estúpido, por querer hacer un bien he causado un mal mayor”, y sentenció, “No se pueden hacer regalos con regularidad, porque se vicia a la gente, y cada cual debe procurar ganarse su propio pan. No os preocupéis, yo y mis vacas nos marchamos, no os molestaremos más”.

Un brujo de mirada astuta le comentó: “Oye, respecto a las vacas... Si ya no las vas a necesitar, nos las podrías dejar, como pago de nuestros servicios, aquí la carne de vaca es casi imposible de encontrar”.

Klaus le lanzó una mirada entre pícara y perversa, “¿Así que queréis mis vacas, para coméroselas por vuestros maravillosos servicios?, ¡Pues las tendréis, palabra de Klaus!”.

Los brujos se lanzaron miradas de complicidad mientras Klaus se alejaba, aquel viejo gordo había quedado tan abatido que hasta les iba a regalar su rebaño.

Klaus ya había mandado una orden mental a sus vacas y estas se habían puesto en marcha hacia el claro del bosque, ¡Al galope!.

Los brujos vieron como los doce enormes animales se acercaban a gran velocidad con un ruido espantoso de cuarenta y ocho pezuñas golpeando el suelo, al entrar en el claro, en lugar de detenerse, bajaron los cuernos y se dirigieron directas al grupo de brujos, cuya expresión mudó en un instante, de la satisfacción al terror, sobre todo cuando les embistieron de lleno.

Fue una verdadera masacre, en realidad nadie murió, pero los huesos rotos se contaron por docenas, los más ágiles se encaramaron a los árboles sintiéndose a

salvo, y allí cundió el pánico, cuando comprobaron que los animales estaban bajo el encantamiento de Klaus y ¡podían volar!, así que tuvieron el doble regalo de la cornada y la consiguiente caída del árbol.

No quedó uno solo sin algo roto, y no hubo conjuro ni hechizo que pudiera detener a las vacas, aunque tampoco lo intentaron demasiado, porque cuando a uno le persiguen quinientos quilos de masa con dos cuernos, no está para concentrarse en encantamientos.

Klaus contemplaba de lejos el espectáculo y entre risas decía: “¿No querías vacas?, Pues tomar vacas, yo no tengo la culpa de que no las sepáis apacentar, es mi regalo en pago a vuestros servicios, además os lo merecéis, porque si mi caridad resultaba perjudicial, podíais haber dialogado conmigo en lugar de atacarme”.

Cuando se hubo cansado de reír, las llamó y volvieron a regañadientes, su intuición les decía que aquella gente había dañado a su amigo y querían desquitarse, todos juntos tomaron su trineo, se alejaron volando y no se les volvió a ver nunca más por allí.

Regresaron por el mismo camino que habían tomado al venir, viendo los mismos lugares, las mismas gentes, al llegar a las praderas donde Klaus encontró a sus vacas, las hizo descender, e igual que con los renos, las liberó de su hechizo y se despidió de ellas, solo habían pasado un año juntos, pero le parecía más intenso y lleno de experiencia que un siglo de su anterior etapa en el norte.

El granjero, era un hombre sereno y prudente que vivía por y para sus rebaños, había buscado en vano durante aquel año a sus doce mejores vacas.

Se tenían que haber escapado, porque en aquel lugar de la Europa rica, jamás se había dado el caso de robo de ganado, y menos un grupo de doce, pero se encontraban en un valle cerrado rodeado de montañas, alguien hubiera visto los animales fugados.

Andaba por el prado recordando como tal día, hace un año desaparecieron, cuando las vio, las reconoció al instante porque aquel hombre conocía a la perfección a cada uno de sus animales, estaban todas juntas pastando tranquilamente y en perfecto estado, como si no hubiera pasado nada, las llamó y le miraron todas a la vez, se acercó y les habló emocionado preguntándoles: “¿Dónde habéis estado todo este tiempo?”, Evidentemente no le contestaron, pero notó en ellas una mirada diferente, supo que escondían un secreto que jamás le contarían.

A partir de ahí las doce vacas siempre caminaron juntas, al margen del rebaño, su actitud demostraba más inteligencia que la del resto del ganado, el granjero decía que ahora tenían “Algo de humano” y siempre las trató con gran consideración hasta que murieron de puro viejas.

Aquella reaparición de las vacas fue muy comentada en todo el valle, cada cual daba una solución diferente al hecho, pero todas tenían algo de inverosímil.

Una tarde un muchacho de mirada extraviada y gesto bobalicon se acercó al granjero.

Era el pobrecillo retrasado mental del pueblo, y con su voz pastosa le dijo: “Yo seeee como volvieron tus vaaaacas”.

El hombre lo miró con una mezcla de lástima y simpatía y fingiendo un gran interés le dijo: “¿Siii, y me lo querrás decir?”.

“Teee loo diré porque eeeres mi amigo, vinieron volandoooo, conducidas por un Papa Noel”.

“¡Claro, ¿Cómo no se me ha ocurrido?!, Papá Noel no tenía renos y tomó prestadas mis vacas, eres muy amable de habérmelo contado”.

Por la noche, en el bar, los granjeros reunidos reían con la ocurrencia del pobre retrasado, pero nunca nadie encontró una explicación alternativa razonable para el suceso.

Klaus volvió a los bosques del norte, ya no tenía esperanza alguna sobre su redención, vagaría para siempre como espíritu errante, y lo peor es que no tenía a nadie que le pudiera aconsejar... O tal vez sí, recordó la última bola mágica, ella tendría que saber la solución a su problema.

La tomó con dedos temblorosos y la arrojó a la nieve con una emoción que hacía tiempo que no sentía, era su última posibilidad, cuando la burbuja se formó, preguntó con un hilo de voz “¿Qué más puedo hacer para redimirme?”.

La burbuja creció hasta englobarlo y se encontró en un lugar que a pesar de los siglos pasados recordaba muy bien.

Estaba en aquel sitio que no era tierra ni cielo, donde había sido juzgado, y ante él se encontraba aquel mismo majestuoso ser, cuyo semblante ya no era severo, sino amable y compasivo.

“Acércate Klaus”, le dijo con voz bondadosa. “Has cumplido tu condena y tus pecados han sido redimidos”.

FIN...